D. Juan Zambrana.
Autógrafos 3.

Indice.

2
1

Breve exposicion

de la primera ley del gusto en las Artes

leida

por turno de los Discursos menores

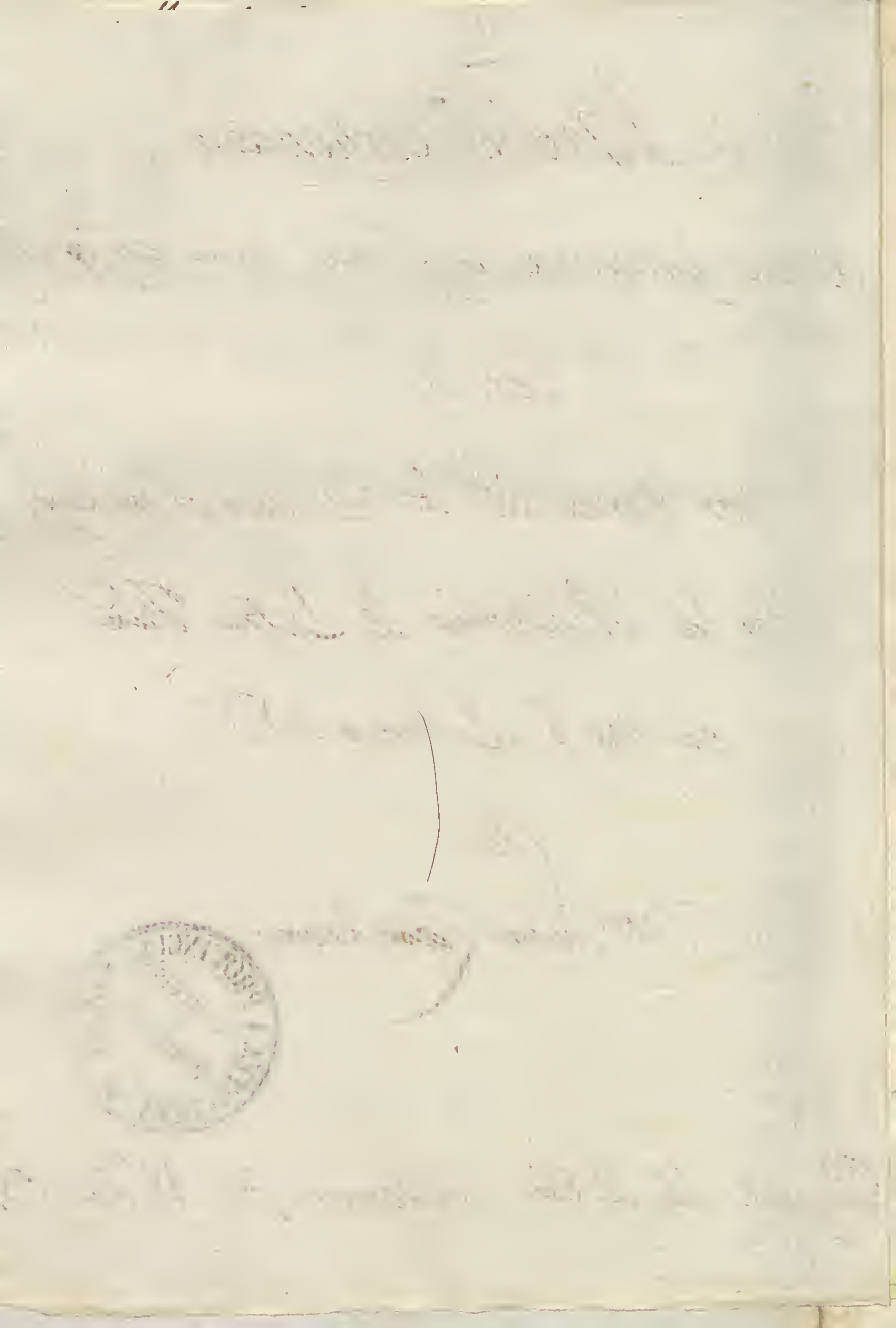
en la Academia de Letras Hum.

el dia 8 de Enero de 1797

por

Dn. Juan Zamorano

Regist. lib. de Obr. Academic. fol. 15 vta. n.º 94



A

Breve exposicion de la primera ley del gusto.

Señores

Desde que empezaron los hombres á dedicarse al cultivo de las bellas artes se han visto en la precision de sujetarse al buen gusto: las leyes de este no podian menos de parecer necesarias á qualquiera racional que procurase el recreo de otros con las obras de su ingenio; y los que las han desechado por seguir el rumbo de las preocupaciones han tenido que sufrir el desprecio de los inteligentes, en lugar del recono=

cimiento que esperarian conseguir p.r
sus trabajos y desvelos. Pero ¿que es lo
que debemos entender por esta palabra
gusto? ¿quales son las leyes que el pres-
cribe á las bellas artes? Al gusto con
relacion al alma se le han dado tantas
y tan diferentes definiciones, quantos
han sido los sistemas, que forjaron los
autores que se han propuesto hablar de
él. Yo omitiré por ahora quanto pu=
diera decir acerca del particular, pa=
ra no hacer fastidiosas mis reflexio=
nes con la repeticion de unas ideas, que
sirvieron poco ha de materia para otro
discurso: asi me limitaré ~~hoy~~ á cum=
plir en quanto pueda con el encargo q.e

se me ha hecho, exponiendo en pocas pa=
labras una de las leyes del gusto.

Si el fin para que se inventaron
las bellas artes no ha sido otro que re=
crear con la imitacion de la naturale=
za, á poco que se reflexione inferiremos
necesariamente que la primera ley
del gusto es que imiten la bella natura=
leza. En efecto una copia servil de es=
ta nos seria fastidiosa, ó á lo menos no
nos causaria placer alguno: en lugar
de que nuestro gusto queda enteram.te
satisfecho, quando se le presenta una i=
mitacion de las partes principales y
mas perfectas de la naturaleza. En es=
ta imitacion es donde el gusto encuen=

tra el placer á q.e siempre aspira; por
que en esta se nos presentan los objetos
con un grado de perfeccion que multi=
plica nuestras ideas, y que parece o=
frecernos impresiones de un caracter
nuevo; las quales sacan á nuestro ~~el~~
~~[illegible]~~ corazon de aquella especie de en=
torpecimiento, en que lo han dexado
los objetos que le son comunes. De a=
qui es que las bellas artes nos cau=
san un placer exquisito. Al mismo
tiempo se dexa conocer la causa de la
diferencia que hallamos entre la con=
mocion que produce una historia or=
dinaria, que no nos ofrece mas que
exemplos imperfectos ó comunes, y

el extasis que nos causa la poesia, quan=
do nos eleva á aquellas regiones encan-
tadas, en donde hallamos realizadas de
algun modo los bellos fantasmas de la
imaginacion. La historia nos abisma en
una especie de esclavitud, y la poesia de=
xa gozar á nuestra alma con compla=
cencia de su libertad natural.

No se contenta el gusto con pres=
cribir á las bellas artes la ley que he=
mos dho; sino dá reglas para conocer
la bella naturaleza; la qual segun el
gusto es aquella que tiene mas rela=
cion con nuestras ventajas y nues=
tro propio interes, y al mismo tiem=
po es mas perfecta en si misma: ca-

yas dos circunstancias hacen el objeto mas ó menos bello á proporcion del gra do que ocupan en él: es decir, que mien= tras mas perfecto sea el objeto en sí mismo, y mas estrecha relacion ten= ga con nosotros, tanto mas bello se= rá.

Para convencernos de esto basta mi= rar la naturaleza. En ella encontra= remos seres de distintos generos: unos animados, y otros sin alma: de aquellos unos participan de razon, y otros son irracionales: entre los racionales ve= mos algunos, cuyas operaciones suponen mas capacidad y conocimientos. Ve= remos tambien que nos conmovemos

mas con los objetos que se acercan á nosotros que con los distantes: v.g. la caida de un arbol nos excita mas que la de una roca: la muerte de un animal mas que la caida de aquel: asi de grado en grado somos conmovidos á proporcion que el objeto se acerca á nosotros: de suerte que segun esto una imagen de las acciones y pasiones de los hombres será lo que mas mueva nuestro corazon; por que es como un espejo donde miramos las nuestras diferentes ó conformes á ellas de algun modo, y donde cada uno puede aprender á corregirse de una manera agradable.

Hechas estas observaciones se vendrá en conocimiento de que la bella natu=raleza, á quien deben imitar las ar=tes es la que tiene mas estrecha rela=cion con nuestro propio interes ó nuestras ventajas.

Pero no basta este estre=cho enlaze. Es necesario que los objec=tos que se nos presenten tengan toda la perfeccion, de que son susceptibles; y tan=to mas quanto la perfeccion del objeto encierra qualidades conformes á la natu=raleza de nuestra alma y á sus neces=dades. El alma procura engrandecerse; pero sin molestia; por tanto debemos exercitarla, aunque no demasiado. V=

na y otra ventaja saca el alma de la per=
feccion de los objetos que las artes la pre=
sentan: encuentra en ella por un la=
do la variedad, que supone el numero
y la diferencia de las partes que se
presentan reunidas en un punto:
por otra parte la simetria y pro=
porcion; las quales ademas de im=
pedir que el alma se fatigue con la
multitud de estas partes hacen, que
se eleve al mayor auge de sus deli=
cias: asi se experimenta en el tea=
tro, en el qual se nos presentan á
un tiempo las impresiones mas vi=
vas de la musica, de la pintura, de
la danza, y de la poesia, y sin embar=

go deesta multitud de objetos, la rela=
cion de ellos con un punto centrico
hace que el espectador no se moleste y
ocupa su alma con un continuo em=
beleso.

Tengo por importuno hablar
con mas extension de la naturaleza
de lo bello; pues seria necesario exa=
minar algunas questiones metafi=
sicas; que nos ocuparian el tiempo
inutilmente. Las reflexiones, que a=
cabo de referir me parecen dar
bastante luz para la inteligencia
de la primera ley del gusto, que he
procurado explicar.

Leido en la Academia de Letras Hu-

manas el dia 8 de Enero de 1797.

Juan Zambrana

Demostracion

de la Existencia de Dios por la ex[istencia]
y orden del universo.

Progimnasma de Eloqüencia
leido por turno de los Discursos menor[es]
en la Academ.ª de Letr. Human.
en 16 de Julio de 1797.
por
D. Juan Zambrana.



Demostracion de la existencia de Dios por la existencia y armonia de las Criaturas

Señores

Entre tantos filosofos como ha habido hasta ahora en todas las Naciones cultas, apenas se encuentran algunos, que hayan negado la existencia de Dios. Aun los mismos Gentiles, en quienes son de algun modo dispensables los errores, por haber carecido de la Divina luz, llegaron á hablar de la existencia de una primera causa como de cosa cierta y demostrada. Sin embargo no faltaron entuciastas, que con sus cavilaciones y sofisterias se empeñaron en eludir las razones de los demas, y procuraren establecer el ateismo; cuyo absur=

do han intentado algunos insensatos en estos ultimos siglos con desprecio y total abandono de la Religion Cristiana, de quien antes se mostraban miémbros. Pero tanto estos como aquellos se han tenido justamente por unos maliciosos misantropos, y sus sofismas se hallan desvanecidos por argumentos solidos é incontrastables. Al presente demostraré la existencia de Dios por el que nos suministra la existencia y armonia de las cosas criadas, omitiendo todos los demas, que serian poco conducentes al proposito de mi discurso.

Parece que la naturaleza se ha empeñado en mostrarnos por todas partes la existencia de su Divino Autor. En efecto, Señores, dirijamos la vista acia el Universo: miremos la maravillosa

estructura del mundo, miremos su inmensa magnitud: reparemos el orden, la proporcion y variedad, con que estan dispuestos todos los cuerpos que en él se contienen; y si no cerramos los ojos á la razon, quedaremos enteram.te convencidos de la existencia de un Supremo artifice, sapientisimo, omnipotente, y criador de una maquina tan bella y tan admirable. Si no ¿quien crió los cuerpos celestes? ¿Quien los ha colocado en los lugares que ocupan, y les señaló la ruta invariable, que cada uno sigue, ha seguido, y seguirá hasta la consumacion de los siglos? ¿Quien dividió los tiempos en las quatro estaciones del año, y distinguió á la verde y florida primavera del seco y caloroso estio, á este y á aquella del helado invierno,

y del fructifero y lluvioso otoño, para fomentar por medio de la continua alternativa de estos quatro tiempos la produccion de los frutos de la tierra, y vivificar á todos los seres que habitan sobre su superficie?

Epicuro decia que el concurso casual de los atomos habia formado la maquina del Universo. ¿Mas quien negará que esta proposicion es mas bien delirio de un frenetico que sistema de un filosofo? Aun quando la existencia de los atomos fuera verdadera; ¿como seria posible que la casualidad los hubiera tan sabiamente combinado que formasen una perfeccion casi infinita? Y si esto es posible; ¿por que fatalidad del concurso de muchas letras no se forman por acaso la Eneyda de Virgi=

lio, los Anales de Baronio, ó las Decadas de Tito Livio? Por que la cal, la madera, el marmol &c.ª no los une el acaso, y construye de ellos un Palacio Real con fachadas, patios, galerias, Jardines, y todas las otras partes, que hacen su morada alegre y deleytosa? Y si el hacer unas obras tan pequeñas le es negado al ciego artifice, que soñó Epicuro; como se persuadió este filosofo á creer que le fuese concedido el construir el maravilloso palacio del mundo? Solo un Dios Criador y Omnipotente pudo ser el autor de tan grande y acabada obra.

Y que ateista sostendrá su error, si examina en particular la belleza de los cuerpos, que constituyen la naturaleza? El globo terrestre que habitamos, situado á nuestro parecer en el centro de

la esfera del mundo, contiene en su seno ob=
jetos innumerables que demuestran pal=
merami.te la existencia de su Divino Cria=
dor. En efecto le vemos por unas partes
poblado de diferentes generos de arboles:
por otras alfombrado de yerbas y flores,
de cuya diferente forma, olor, color, y
virtud no puede dexar de maravillarse
el que lo mire: aqui se ve una espaciosa
llanura cubierta de las mieses, que ha
de dar el fruto para alimentar al
hombre: alli se descubre un monte, cu=
ya eminente cumbre quiere tocar en
el cielo: aca se oye el ruido de un cau=
daloso raudal, que precipitandose por
entre las escarpadas rocas, corre im=
petuoso hasta llegar á una vasta cam=
paña, á quien riega y fertiliza: allá
un manso y apacible arroyuelo, cu=

yas cristalinas aguas apaciguan á los sedientos ganados.

Quien podrá distinguir tantas especies de animales como se crian y mantienen sobre este grande globo? Acaso los mas cuidadosos escudriñadores de la naturaleza podran jactarse jamas de haberlos conocido todos? Los unos silvestres, apenas se dexan columbrar del hombre, quando huyen presurosos á emboscarse en las selvas: los otros son domesticos, y lexos de huir del hombre como los primeros, le acompañan y ayudan en sus trabajos. Unos tienen cubiertas sus carnes con piel, otros con escamas, y otros con plumas. De estos unos vuelan poco y rastreros, otros se mantienen en el ayre largo tiempo, y se remontan hasta las nubes. Y como miraré=

mos sin sorpresa el instinto natural, que inclina á cada uno á la propagacion de su especie, y la distincion de sexos, que tan aproposito les dió la naturaleza para este fin? Pero no acabariamos nunca, si hubiesemos de especificar las maravillas, que ofrecen los animales. El hombre solo encierra en si una infinidad de perfecciones capaces de encantar á qualquiera que las observe. Ademas de poseer un cuerpo de una noble y magestuosa figura, está adornado de un alma racional que le eleva sobre todos los demas seres animados. El alma valiendose de los organos de los sentidos juzga de los objetos que se le presentan: discierne la variedad de figuras y de movimientos de los cuerpos: distingue la hermosura de los colores: y co=

noce las virtudes y los vicios de sus seme=
jantes. Sondea el corazon de estos, y llega
á conocer por el exterior de ellos todas
las pasiones, que los agitan: percibe la ar=
monia de la musica, y distingue al soni=
do grave del agudo y al aspero del suav=
e: juzga del gusto de los manjares, de la va=
riedad de los colores, y de la dureza de los cu=
erpos. Ella piensa y discurre, y para evi=
tar sus incomodidades y las del cuerpo in=
ventó las artes y la ciencias, á quienes per=
fecciona de dia en dia al paso que se dedi=
ca á ellas.

Si miramos á los senos ocultos de la
tierra; quantas minas de oro, plata, hier=
ro, cobre, y de otros utilisimos metales
se encierran en aquellos escondidos al=
macenes? Quantas clases de piedras pre=
ciosas? Pero salgamos de nuestro globo, y

y no nos dexemos embelezar de los bellos objetos que manejamos. No nos entretengamos tampoco en observar los espacios inmensos del mar, sus limites invariables, las Yslas, que descuellan sobre las olas, ni la multitud de pescados y animales maritimos que le habitan. Tomemos vuelo para registrar los cuerpos celestes, y veremos con mas evidencia que no se puede dar un paso, sin encontrar nuevos rasgos de una Sabiduria inagotable.

La Luna: este luminar mayor, segun la demostracion de los astronomos, que la mitad de la tierra, es un globo opaco, donde se descubren montes, llanuras, mares, y casi todos los demas objetos, que se hallan en el nuestro: se revuelve diariamente al rededor de este,

y le alumbra de noche con el reflexo de la luz que le presta el Sol. Descubrenos unas veces toda su faz, otras la mayor parte, otras se semeja á una angosta franja, y va diminuyendo su anchura, hasta que desaparece y se oculta del todo. Despue se encuentran otros cinco planetas; los quales aunque diversos en magnitud, movimiento y situacion, convienen sin embargo en su belleza y hermosura.

Mas entre todos los cuerpos celestes ninguno aparece á nuestra vista mas hermoso que el Sol. Ninguno de ellos muestra tan á las claras la mano poderosa de Dios. El cielo parece ofrecernos en él la cosa mas grande que tiene. Sale el Sol, y aquellos primeros rayos, que parten de las superficies de los montes, que poco antes nos privaban

de su vista, corren rapidamente del un cabo al otro del horizonte: nuevos ra=yos los siguen y fortifican, y poco á po=co se va dexando ver la redondez del Sol, hasta que totalmᵗᵉ se muestra caminan=do magestuoso, y llevando acia sí los ojos de todos, como que parece que en=canta su vista. Atraviesa de un lado á otro del cielo, y da fin á su carrera como un Atleta victorioso é infatiga=ble. Vivifica á quanto ilumina, y no hay cosa que pueda huir de su luz, ni escon=derse ó escusarse de percibir su calor: de modo, que alcanza con sus penetran=tes incendios aun á aquellos parages á donde no pueden llegar sus rayos. Su magnitud, no hay Astronomo que no sepa por medio de pruebas evidentes y de un calculo sencillo, que es casi un

millon de veces mayor que la tierra; y sin embargo de haber seis mil años que ilumina y da calor á la naturaleza, no ha perdido lo mas minimo de su substancia. En fin este hermoso astro está situado en el centro del Universo, desde donde reparte sus luminosos rayos á todos los planetas que le rodean, para que estos despues se la reflexen mutuamente.

Y qué es este el unico sol, que existe en la naturaleza? Miremos al Firmamento, y veremos esta boveda azul embutida con una infinidad de soles semejantes al nuestro: distantes de nosotros muchos millones de leguas, nos alumbran de noche como los planetas mas cercanos. Parecenos que con rapidez se mueven de oriente á Ocaso; y

aunque algunos desaparecen y se escon=
den de nuestros ojos, otros jamas se o
cultan, y siguen siempre su ruta so=
bre el horizonte. Que diremos de sus
particulares movimientos? Que de sus
lucientes brillos, diversidad de colores,
y de magnitud? Y que del armonioso es=
pectaculo, que ofrecen las costelaciones?
Mas no hay para que detenerme en
cansaros. El firmamento y cada u=
na de las otras criaturas, que encierra
su anchuroso recinto, son otros tantos
testimonios autenticos de la existen=
cia de la Divinidad.

Y siendo esto asi; como hubo ate=
istas entre los Paganos? Como un in=
sensato en medio de la Religion cristia=
na, que intentase restablecer el impio
absurdo del ateismo? Si los hombres

corrieran el impenetrable velo de la preocupacion; si procuraran disipar las densisimas nubes de las pasiones, que les ofuscan, y siguiesen la senda por donde los encamina la recta razon; jamas mirarian el orden, la proporcion y la hermosura del Universo, sin convencerse de la existencia de un Criador Supremo, Sapientisimo, y Omnipotente.

Leido en la Academia de Letras Humanas de Sevilla el Domingo 16 de Julio de de 1797.

Juan Zambrana

Ydea del estilo sublime y de sus vicios principales leida por turno de los Discursos menores en la Academia de Letras Human.s en 8. de Febrero de 97

por

D. Juan Zambrana.



+

Idea del Estilo Sublime, y los vicios principa-
les q.e suelen ocurrir en él.

Una de las principales obligaciones del O-
rador es la de mover el animo de sus oyentes:
á este fin debe valerse del estilo sublime co-
mo mas apropósito que los demas generos de
eloquencia: del qual daré una nocion en este
discurso, señalando al mismo tiempo los defec-
tos mas notables, en que suelen incurrir los
Oradores, quando usan del estilo sublime, sin
ceñirse á ninguna regla mas q.e á su pro-
pia imaginacion.

El estilo sublime, que por otro nombre
suele llamarse noble, grande, y magnifico es

aquel genero de eloquencia que arrebata y trastor=
na los animos sin que puedan resistirse. No se
puede decir con propiedad que el sublime recrea
ó persuade, así como el genero sencillo ó florido;
pues la persuasion dexa á los animos libres,
y no tiene mas poder que el que ellos quie=
ren darla. Al contrario sucede en el sublime, con
el qual el animo de los oyentes es arrastrado
como por fuerza, y se hace un esclavo de
quanto dice el orador. Todos estos efectos pro=
ducia el sublime en Atenas y en Roma, qu=
ando sus famosos oradores hablaban al pue=
blo con aquel aciento, que les ~~ministraban~~ proporcionaban
los vastos conocimientos que poseian, y su
grande exercicio en la oratoria: entonces a=
quellas dos republicas tan celosas de su inde=
pendencia se sometian á el ~~[illegible]~~ imperio de los

oradores, y recibian sus ordenes como unos miserables esclavos.

Se pueden distinguir muchas especies de sublime, á proporcion que él es mas ó menos vehemente. Para concebir bien esta diferencia nos contraheremos á los oradores mas célebres de la antigüedad. Platon tiene un estilo fluido que corre sin estrepito: Demostenes es sumam.te consiso y cerrado: puede compararse, segun la rapidez, la fuerza, y la vehemencia con que arrebata, á una tempestad ó á un rayo; y su estilo es el mas proporcionado para una exâgeracion fuerte, en que sea necesario sorprehender los animos de pronto. Ciceron aunque es grande como Demostenes, es difuso y extenso, y podemos decir que su

estilo es como un grande incendio que con=
sume todo lo que encuentra, y lexos de a=
mortiguarse ó apagarse del todo, toma mas
cuerpo á medida que se vá extendiendo. Por
diverso que sea el estilo de estos oradores, en
todos ellos se encuentra una eloquencia no=
ble y grande, que mueve y encanta el
animo de qualquiera que lee sus obras.

¿Pero en que consiste el estilo sublime?
cinco son las partes que se cuentan regu=
larmente como fuentes de donde dimana el
sublime, suponiendose por fundamento de
todas ellas una facilidad de hablar bien y
explicar los pensamientos en los termi=
nos mas convenientes. La primera de
estas partes es cierta elevacion de alma
que nos sugiere pensamientos nobles y gran=

des: y aunque esta elevacion deba atribuirse mas bien á un don de la naturaleza que al arte, sin embargo es constante que el animo se hace á pensar con mas nobleza, exercitandole en ideas grandes y sublimes. Asi el orador que pretenda merecer algun aplauso en este genero de estilo ha de procurar imbuirse en pensamientos nobles, y desechar los serviles y baxos que denotan un animo cobarde y apocado. Por que ¿ quien duda que los pensamientos sublimes son la imagen de un corazon magnanimo, y que por esta razon nos admira muchas veces lo que pensaria un hombre que contemplasemos de un alma noble y heroica, aun sin que este hablase una palabra? ¿ que pensamientos se daran mas su=

blimes que los que da á entender el silencio de Ayax quando la Odisea de Homero lo presenta saludado por Ulises en los campos Eliseos?

La riqueza de la expresion es otra parte de las principales que constituyen el sublime, y consiste en la eleccion de las palabras mas propias para expresar el pensamiento y en la disposicion y colocacion de ellas. Esta da bastante nobleza á la oracion; pues la armonia ademas de ser un modo natural para recrear y persuadir, excita mucho los animos, y conmueve facilmente el corazon. La viveza de afectos y pasiones que por lo regular se llama entusiasmo contribuye tambien para mover y pertur=

bar los animos: asi como las figuras tanto de pensamientos como de palabras, manejandolas el orador con discrecion y prudencia. En fin el principal manantial del sublime, baxo del qual puede decirse que se comprehenden los otros quatro, es la composicion y el arreglo de las palabras con toda su magnificencia.

Todas estas partes que acabo de referir forman un todo que es el verdadero sublime, el qual quedará imperfecto y desairado, faltandole qualquiera de ellas; y asi podemos decir que el verdadero sublime consiste en la nobleza de pensamientos, la riqueza de expresiones, el brio de las figuras, y la viveza de movimientos; bien es verdad que estas circunstancias no

son tan necesarias en el sublime que fal=
te este, quando falte alguna de ellas; pero
siempre dexará de ser sublime el estilo, fal=
tando la nobleza de pensamientos, que es
el principal fundamento de él.

Lo que he dicho hasta ahora me pare=
ce suficiente á formar una idea del
estilo sublime. Paso á indicar con breve=
dad los vicios principales que suelen o=
currir en él. La hinchazon de palabras
es el primero que ocurre, y es el mas
frecuente; si bien es cierto que no hay nin=
guno tan adaptable á nuestra natura=
leza, y por lo tanto mas dificil de evi=
tar; porque como en todas las cosas pro=
curamos lo mas grande, y tememos ser
acusados de poca fuerza y de sequedad, su=

cede regularmente que los mas caen en este escollo, fundados en aquella maxima comun en un pensamiento noble se cae noblemente: llevan á mal el ir sujetos á las reglas del buen gusto como hizo Ciceron y otros oradores, ny acostumbrò Virgilio mostrandose comedido hasta en sus entusiasmos.

Este vicio aunque sea casi natural en el hombre, no por eso dexa de ser tan dañoso en el razonamiento, como lo es en los cuerpos: no tiene mas que un exterior y una apariencia engañosa; mas por dentro está hueco y vacio, y en lugar de favorecer al asunto de que se trata, le es opuesto. Por tanto los oradores deben desterrar el estilo hinchado y pomposo de sus

obras, á no ser q.e quieran servir de irri=
sion á los sensatos.

El poeta Eschilo sin embargo de haber sido uno de los mejores tragicos de la Grecia apreciaba mucho los pensamien=tos hinchados y vanos, tales son: los remo=linos de las llamas: vomitar contra el cielo: tambien introducir al viento cier=zo, haciendole musico de la flauta; los qua=les, aunque á primera vista parecen pas=mosos, mirandolos de cerca se encuen=tran ridiculos y fantasticos. De aqui es que aun en la tragedia, en donde todo de=be respirar magnificencia, se debe tener como una falta insoportable la hincha=zon y retumbancia de palabras.

El estilo pueril es al contrario del

hinchado, y es mas repugnante con el sublime que este. ¿mas que es la puerilidad? no es otra cosa que un decir engalanado y florido, y por esta razon frio, é insulso: en este vicio caen todos aquellos que afectan sutilezas, muchas sentencias, y dichos graciosos; los quales vienen á formar un estilo ridiculo, figurado, y digno de desprecio. Sirva de exemplo aquel rasgo de Timeo historiador de Sicilia, el qual queriendo realzar á Alexandro Magno dice: que este heroe conquistó toda la Asia en menos tiempo que gastó Ysocrates en componer el panegirico, en que persuade la guerra contra los Persas. Si sacamos de aqui la grandeza de Alexandro, podemos inferir por el contrario que los Esparciatas fueron menos ilustres que Ysocrates;

por que no pudieron tomar á Mecina, si no despues de un sitio de veinte años, si=endo asi que Ysocrates gastó solo diez pa=ra ordenar el panegirico. Estos y otros dichetes frivolos y sutiles oscurecen el me=rito de aquel historiador, por otra parte habil y recomendable.

Pero no es Timeo solo el que cayó en este desatino. Xenofonte á pesar de haber sido instruido en la escuela de Socrates ~~pa=rece~~ parece olvidarse de si mismo, quando dice: que los Lacedemonios son mas callados que las mismas piedras: mas inmobles que las estatuas: reprimen la voz y hu=millan los ojos con tanta modestia que á las vergonzosas niñas de los ojos exceden en el pudor y compostura. De Platon y de

otros heroes de la antigüedad pueden sacar otras muchas agudezas y fruslerias semejantes á las de Xenofonte; pero los exemplos que he traido dan muy bien á conocer la frialdad del estilo, para que yo me detenga mas en explicarla. Solo diré que este vicio proviene de la inclinacion que tenemos todos á los pensamientos nuevos, la qual estimula á los escritores á gastar el tiempo en buscar estas niñerias, porque temen llenar sus obras de vulgaridades; mas +ellos no ven por otra parte que llegan á hacerse un objeto de desprecio.

Otro vicio que ocurre con frecuencia en lo patetico es un furor indiscreto y fuera de tiempo. Muchos oradores como si

estuviesen embriagados ó fuera de si se dexan ir acia los afectos y pasiones, aunque no lo pidan la ocasion ni las demas circunstancias; y lo que consiguen es excitar la risa de los oyentes en lugar del asombro y consternacion, que pretendian infundir en ellos.

Podria indicar otros defectos del sublime; pero temo haberme extendido demasiado, para detenerme mas en ellos; y mas quando los tres que dexo referidos se deben considerar como principales a que pueden reducirse los [illegible]

Leido en la Academia de Letras Humanas de Sevilla á 5 de Febº de 1797.

Juan Zambrana